

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Intervención

INAUGURACIÓN DE LA
ESCUELA DIOCESANA DE FORMACIÓN 2008

Inauguración de la Escuela Diocesana de Formación 2008

29 de octubre de 2008

¿Por qué un Sínodo sobre la Palabra de Dios que acaba de finalizar en Roma el domingo pasado? ¿Por qué un Plan Pastoral Diocesano para los cuatro próximos años en nuestra Iglesia centrado en la Palabra, que hemos de conocer, celebrar y vivir como discípulos y misioneros? ¿Acaso siente la Iglesia una necesidad especial de proponer en nuestros días la Palabra de Dios? ¿Siente la necesidad de que la Liturgia, la predicación, la teología y la vida de todos los fieles cristianos estén envueltas en el manto de la Palabra? Seguramente la Iglesia lo siente como nunca lo ha sentido. ¿Por qué?

El Vaticano II y la renovación bíblica que, desde muchos años antes de su celebración, influyó en él, trataron de despertar a la Iglesia de su "letargo bíblico"; el Concilio mostró ese deseo sobre todo con la significativa constitución dogmática *Dei Verbum*. Casi nadie leía ni conocía la Palabra de Dios. Los teólogos acudían a ella casi como si se tratara de un arsenal de verdades para confirmar sus propias conclusiones; la Liturgia, celebrada en latín, hacía de la Escritura un misterio para los fieles laicos. El Sínodo de los Obispos, después de dedicar la anterior reunión a la Eucaristía, creo yo que quiere dar un nuevo impulso a *Dei Verbum*, cuando comienza a declinar el interés y la pasión por la Palabra de Dios

mantienen alejados de ella». El manejo de la Biblia ha retrocedido tremendamente en los últimos años. Los grupos bíblicos son más bien escasos, aunque haya que reconocer que muchos grupos cristianos hacen una lectura de las lecturas del domingo siguiente en sus reuniones, que les ayuda sin duda. No es exagerado decir, por ello, que no tenemos trato con Abraham, Isaac y Jacob, con Isaías y Jeremías y mucho menos con Lucas, Pablo y Santiago, por medio de los cuales, estando cerca de nosotros, encontramos a Jesucristo, Señor de nuestra vida. El desconocimiento de la Biblia comienza así a hacerse culpable.

La Iglesia invita a entrar en contacto con la Palabra de Dios. Ha pasado ya el tiempo de las prohibiciones. Dios no sólo se ha hecho carne en Jesús, ni sólo pan en la Eucaristía, sino también palabra escrita en el libro sagrado. Está ahí, te espera y me espera. Las preguntas que hacíamos al inicio pueden empezar a recibir contestación, pues nos indican por qué la Iglesia siente la necesidad especial de proponer en nuestros días la Palabra de Dios. Pero hay más razones que no son únicamente coyunturales.

Por ejemplo: ¿qué queremos decir cuando hablamos de Palabra de Dios? Una cosa muy sencilla, pero que debería hacernos estremecer de gozo: que Dios ha hablado a la humanidad, hombre y mujer. ¿Me estás diciendo que el Dios que ha creado el cielo y la tierra con una sola palabra salida de su boca me está hablando a mí? ¿Me estás diciendo que ese Dios indecible, invisible, inimaginable, poderoso e infinito me está dirigiendo la palabra? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Sí, eso es lo que decimos cuando hablamos de la Palabra de Dios y su importancia para nuestra vida. Que Él se ha volcado y nos ha hablado como una madre a sus hijos, con palabras amables, palabras ardientes, palabras consoladoras, palabras para el camino, palabras duras en ocasiones, pero siempre de amor y de vida sin fin. La Sagrada Escritura es una realidad *litúrgica y profética*; una proclamación, más que un libro; es el testimonio del Espíritu Santo sobre el acontecimiento de Cristo, cuyo momento privilegiado es la liturgia eucarística.

Pero, si Dios nos ha hablado y habla, ¿qué tenemos que hacer? ¿Qué actitud tomar ante su palabra? Cuando Dios habla, algo se pone en proceso imparable: palabra hablada, palabra leída y escuchada, palabra vivida, palabra proclamada. En efecto, Dios ha tomado la iniciativa de salir a nuestro encuentro, y nos ha convertido en interlocutores de un diálogo posible que, por su parte, jamás será interrumpido.

Son más preocupantes las dificultades que provienen del interior de la Iglesia, de ti y de mí, de que no somos capaces de dar razón de nuestra vida cristiana y de nuestra esperanza. En el fondo, con muchísima frecuencia, nos entendemos y entendemos nuestra fe y la Iglesia casi desde las mismas categorías de la cultura dominante. Quiero decir, nuestras dificultades más serias provienen de nuestro modo de vivir el cristianismo y de vivir la Iglesia.

Lo curioso es que estas dificultades están mostrando una debilidad en nosotros de tipo intelectual, es decir, tienen que ver con la inteligencia. En concreto con el modo de entender el acontecimiento cristiano, y con el modo de entender la relación que tiene ese acontecimiento con la vida humana, con la realidad que nos rodea. Tiene que ver con el modo de comprender cómo la experiencia cristiana —el encuentro con Cristo vivo en la comunión de su Cuerpo, que es la Iglesia— afecta a nuestra mirada sobre la realidad y a nuestra relación con ella; cómo afecta a la comprensión y al ejercicio de la razón, de la libertad y del afecto; cómo afecta a la percepción de la belleza, del bien y de la verdad.

Y es que ha habido, desde hace mucho tiempo, una domesticación de la Iglesia, o de muchos sectores de la Iglesia, por la cultura de la modernidad, que sigue viviendo nuestro mundo. Lógicamente, por ello, esas debilidades tienen unas consecuencias morales y han dado lugar a no pocos planteamientos equivocados de la vida moral cristiana, en todos los órdenes de cosas.

Lo que hay que preguntarse es qué medicina aplicar a esas "patologías". No basta con insistir en las "exigencias" morales propias de los cristianos. Tampoco me parece solución insistir en la necesidad de recuperar "la vida interior", la "espiritualidad" o la doctrina, una "ortodoxia formal", y, después, desde aquí identificar claramente algunas "desviaciones sustantivas" de la tradición cristiana que pueden darse entre nosotros.

Y es que *«la verdad de la fe está unida a su marcha histórica (la del Pueblo de Dios) a partir de Abraham hasta Cristo, y desde Cristo a la segunda venida del Señor. Por consiguiente, la ortodoxia no es el asenso a un sistema, sino la participación en la marcha de la fe y, por ello, en el yo de la Iglesia, que subsiste una a través del tiempo y que es el verdadero sujeto del Credo»* (cardenal Joseph Ratzinger, presentación de la *editio typica* del Catecismo, 14-10-1997). El cristianismo, pues, no es en absoluto ni sólo un conjunto

como individuos aislados; es también una Palabra que edifica la comunidad, que edifica, en definitiva, la Iglesia. De ahí que el lugar privilegiado de la lectura y de la escucha de la Palabra de Dios sea la Liturgia de la Iglesia, en la que se celebra la Palabra, y al hacer presente en el Sacramento el Cuerpo de Cristo, actualizamos la Palabra en nuestra vida y se hace presente el Verbo entre nosotros.

He aquí un antídoto para salvaguardar la vida de Cristo que se nos ha dado, para renovarla constantemente, porque las opiniones humanas vienen y se van. Lo que hoy parece modernísimo, mañana será viejísimo. La Palabra de Dios, por el contrario, es Palabra de vida eterna que lleva en sí la eternidad, lo que vale para siempre.

¿Qué es exactamente la Sagrada Escritura? La Biblia no es una colección de tratados filosófico-teológicos, para adquirir un *set* de verdades religiosas eternas ¿De dónde les viene a esos 73 libros (46+27), cuya formación ha durado unos mil años, que se hayan convertido en un *único libro*, un libro sagrado, que nosotros interpretamos conteniendo una unidad? Pues sencillamente que todos ellos se refieren a los mismos acontecimientos históricos o, mejor, a una misma historia coherente, que verdaderamente ha tenido lugar. La Biblia cuanta la iniciativa de Dios para entrar en contacto con los hombres, con nuestra historia. Por eso la encarnación de Cristo es el "resumen" de toda la Palabra de Dios. Que no convierte en inútiles las otras palabras inspiradas, sino que define su sentido exacto. La Palabra del Antiguo Testamento toma su sentido exacto gracias a su relación con Jesucristo. Nosotros leemos el Antiguo Testamento iluminado por la venida de Jesús. Lo dice el mismo Jesús: «*Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí*» (Jn 5,39). Esto se ve también en la aparición a los discípulos de Emaús.

Pero sabiendo que, si todos los acontecimientos históricos que contiene la Biblia tienen un sentido para la fe, es porque en ellos el mismo Dios ha actuado de modo particular, y que estos acontecimientos contienen algo que sobrepasa al simple hecho histórico, a algo que viene de otra parte y que le da un sentido para todos los tiempos y para todos los hombres. Pero este elemento, este hecho de la Biblia de "ir más allá", no puede ser separado de los hechos concretos históricos; es decir, no se trata de una significación que se le ha añadido a posteriori desde el exterior de lo que sucedió. Explicaremos esto un

Porque la Biblia no es un libro que nos separe del resto de la humanidad. Es la misericordia de Dios, su sabiduría, su salvación, su gracia «*para el judío primero, pero también para el griego*» (Rm 1,16), dice san Pablo. Nos preocupan, pues, no sólo la iniciación cristiana, la catequesis y la maduración de la fe de los ya bautizados; también es objeto de nuestra preocupación la situación de los que no están en la Iglesia, o porque se alejaron de ella por tantas causas, o porque no la conocen; nos preocupan igualmente su indigencia, su pobreza, la injusticia que pueden hacer o padecer, el desamor que pueden sufrir, la desestructuración de sus personas. Sabemos bien que el «*Cristo total*», en opinión de san Agustín cuando comenta el Salmo 60, está en grandes tribulaciones e «*invoca desde el confín de la tierra con el corazón abatido*». Porque nuestro Señor se ha unido, en su encarnación, a todo hombre y mujer, y en ellos sufre.

Por eso nuestro Plan Pastoral Diocesano y la Programación para este curso pastoral 2008-2009, no se queda varado en la Escritura como si fuera un libro de letra inerte, muerta, que invitara a un conocimiento meramente intelectual, sino que se ha de desplegar en una actuación cristiana con objetivos y acciones concretas.

La carta pastoral que se ha unido al Plan Pastoral Diocesano para los próximos cuatro años tiene una única pretensión: que todos lleguemos a asombrarnos del tesoro que supone que nuestro Dios no habló sólo de muchas maneras en el pasado, sino que sigue hablando, creando y recreando un Pueblo, que es Cuerpo, Esposa, Familia, Templo de Dios. La conmemoración continua del Misterio pascual posibilita que «*el que vino del silencio de Dios*» siga hoy hablando a su Pueblo, haciendo posible además una conversación, un diálogo, una luz, una vida que trae la felicidad y da sentido a nuestra vida, creando la esperanza que no defrauda.

Quedaría un tema más, que sólo vamos a esbozar. Si el Evangelio y toda la Escritura no es una fábula mítica y tiene que ver con la historia, los instrumentos de la investigación histórica pueden aplicarse legítimamente. Deben aplicarse. La Biblia se presenta como un documento antiguo, que hay que estudiar con los instrumentos científicos modernos, y esto no solamente es legítimo, sino que es un deber. De lo contrario, el contacto con la Biblia no se pone al nivel de los conocimientos y las

Cristo Resucitado, conforme al ejemplo del mismo Jesús, que inició de este modo a los discípulos (cf. Lc 24). Hay siempre un más allá en la Escritura: su unidad fundamental, su orientación a Cristo, la lectura eclesial y espiritual y la analogía de la fe. *«Cuanto fue escrito en el pasado—afirma san Pablo— lo fue para enseñanza nuestra, a fin de que, a través de la perseverancia y el consuelo que proporcionan las Escrituras, tengamos esperanza»* (Rm 5,4).